

Introducción

Es un hecho comúnmente conocido, incluso fuera del estrecho círculo de los estudiosos de la Antigüedad, que a los ojos de los romanos su ciudad había sido fundada por Rómulo. Con este acto se inicia la historia de Roma, puesto que para que la cualidad de civilizado sea reconocida a un pueblo, era condición necesaria e imprescindible haber tenido su origen en un medio urbano¹. Sin embargo, Rómulo no llevó a cabo su empresa fundacional sobre un territorio desierto, ni era un extranjero que llegó de ultramar a establecerse sobre una tierra vacía, al estilo de la colonización griega y como los griegos se imaginaban el origen de muchas ciudades. Rómulo es un personaje procedente del acervo legendario latino, adoptado por Roma como héroe fundacional en un momento relativamente avanzado. Rómulo tenía su pasado y su ascendencia, aspectos que se hunden en el fondo mitográfico del Lacio primitivo. Existe por tanto una historia anterior a Roma, pero en la cual no sólo se mueven las tradiciones indígenas, sino que también hay una componente nada despreciable proporcionada por la historiografía griega.

En un memorable artículo, E. J. Bickerman² demostró cómo los griegos consideraban la *archaiologhía* una ciencia, en virtud de la cual los relatos y figuras de la mitología se transformaban en acontecimientos y personajes históricos, creándose así una prehistoria científica que no tiene paralelo en todo el mundo antiguo. Pero, resalta Bickerman, siendo griegos tanto el material como el método, tal prehistoria se convierte en helenocéntrica, de

¹ Cf. M. MESLIN, *L'homme romain*, Paris, 1978, p. 34.

² E. J. BICKERMAN, «*Origines gentium*», *CPh*, 47, 1952, 65-81.

forma que el origen de un pueblo bárbaro necesariamente se integra en el esquema griego. Es una posición que no difiere mucho de la que posteriormente adoptará la historiografía judeo-cristiana, resumida en el conocido principio según el cual todos los pueblos descenden de Noé. Roma no podía ser la excepción, de manera que ya en época relativamente temprana comienzan a operar las especulaciones griegas para integrar al mundo romano, y por tanto también latino, en su propio universo.

La aportación fundamental de los griegos a la interpretación del pasado más lejano del Lacio está definida por la figura de Eneas. A este héroe troyano se remite la primera noticia conocida en la historiografía griega acerca de Roma. Se trata de un fragmento de Helánico de Lesbos, autor poco anterior a Tucídides, que imaginaba la fundación de Roma como obra de Eneas³, introduciendo de esta manera un elemento determinante en las tradiciones futuras. Y en efecto, Eneas llegó a tener para los romanos un valor excepcional, puesto que les permitía, sin renunciar a su propio origen, gozar de una prestigiosa nobleza helénica, de esencial interés en las relaciones políticas y diplomáticas con el mundo griego. Por ello se convirtió en necesidad ineludible que los analistas comenzaran la historia de Roma no con la gesta de Rómulo, sino remontándose al menos hasta la llegada de Eneas. Rómulo y Eneas vienen a representar por tanto dos puentes básicos en la configuración del pasado más remoto de Roma.

En las versiones más antiguas, tanto griegas como latinas, Eneas y Rómulo aparecen vinculados por un lazo parental muy próximo, pues generalmente el segundo era considerado hijo o nieto del primero. Pero cuando en las postrimerías del siglo III se fijaron nuevas coordenadas cronológicas, que distanciaron notablemente las respectivas fechas de la destrucción de Troya y de la fundación de Roma, se creó un vacío que fue necesario ocupar. De esta forma surge la llamada dinastía albana, una construcción artificial que arrancando de Ascanio, hijo de Eneas y fundador de Alba, culminaba en los ascendientes inmediatos de Rómulo⁴. Este período

³ Helánico, *FGH* 4F84 (= Dion., 1.72.2). Otro autor contemporáneo, Antíoco de Siracusa, se refería también a Roma, aunque sólo conocemos una breve alusión (*FGH* 555F6 [= Dion., 1.73.4]): véase *infra*, cap. II.1.

⁴ Sobre la dinastía albana, pueden verse C. TRIEBER, «Zur Kritik des Eusebius: die Königstafel von Alba Longa», *Hermes*, 29, 1894, 124-142; M.^a C. GARCÍA FUENTES, «Eneas, Ascanio y los reyes de Alba», *HispAnt*, 2, 1972, 21-34; R. A. LAROCHE, «The

comprendido entre Eneas y Rómulo puede ser considerado como la prehistoria de Roma, pero, y permítaseme la paradoja, una «prehistoria histórica», desde el momento en que los personajes que desfilan por este gran escenario se mueven en un universo urbano y organizado.

Pero la llegada de Eneas al Lacio no se produjo tampoco sobre un espacio vacío. Si en el mencionado fragmento de Helánico nada se dice sobre las gentes que habría encontrado Eneas tras su desembarco, cuando de nuevo el héroe troyano, a partir de finales del siglo IV, se introduce de manera definitiva en las tradiciones sobre los orígenes de Roma, las referencias a la población indígena son continuas. Estamos por tanto ante una nueva fase de la prehistoria de Roma, aquélla anterior a la llegada de Eneas y que podemos denominar «prehistoria mítica». Se trata de un período sumamente artificial. No nos encontramos ante un conjunto de leyendas que con el paso del tiempo han ido asentándose y tomando cierto valor de autenticidad, hasta convertirse en elementos canónicos y por tanto casi intocables de la historia de Roma. No es comparable a la influencia e importancia de la leyenda troyana. Tampoco hay que considerar que esta visión del más lejano pasado del Lacio sea una reminiscencia legendaria de antiguos hechos históricos, como algunas voces defienden poniendo en relación tal o cual episodio con los restos arqueológicos de la edad del bronce hallados en Roma⁵, o con una supuesta presencia o directa influencia de gentes micénicas en el Lacio⁶. Igualmente debemos alejar la idea de que estas leyendas contienen un núcleo de verdad histórica, como sucede con la saga homérica en relación a la edad oscura griega, según propone A. Carandini⁷. Hay que partir del hecho de que es una construcción artificial, que va creciendo sin guía alguna, a impulsos independientes unos de otros, y que sólo adopta una forma defi-

Alban King-List in Dionysius I, 70-71», *Historia*, 31, 1982, 112-120; G. BRUGNOLI, «Reges Albanorum», en *Atti Convegno Virgiliano*, Perugia, 1983, 157-190; IDEM, «I reges Albani di Ovidio», en *Alba Longa. Mito storia archeologia*, Roma, 1996, 127-134.

⁵ Así, respecto a la mítica Saturnia sobre el Capitolio, M. PALLOTTINO, *Origini e storia primitiva di Roma*, Milano, 1993, pp. 95 ss.

⁶ El poblamiento de Evandro y la cultura micénica: P. M. MARTIN, «Pour un approche du mythe dans sa fonction historique. Illustration: le mythe d'Evandre», *Caesarodunum*, 9, 1974, 132-151; D. MUSTI, «Dardano», en *Enciclopedia Virgiliana*, Roma, vol. I, 1984, p. 444. En términos generales, E. PERUZZI, *Mycenaeans in Early Latium*, Roma, 1980.

⁷ A. CARANDINI, *La nascita di Roma*, Torino, 1997.

nitiva en el siglo I a.C., gracias sobre todo al interés erudito de los anti-cuarios y con influencia muy variable en los historiadores. Prueba de ello son las diferentes versiones y puntos de vista que se encuentran en autores contemporáneos como Dionisio de Halicarnaso, Livio o el poeta Virgilio.

A pesar de este carácter tan artificioso, la prehistoria mítica ofrece un indudable interés para el historiador, ya que en su seno se produce un acontecimiento de excepcional importancia, como es la etnogénesis latina y por ende también romana. Este proceso que conduce a la formación del pueblo latino encierra en su propio desarrollo aquellas condiciones que van a permitir a Roma presentarse ante los griegos como una ciudad civilizada, partícipe de una similar esencia que posee desde sus más remotos orígenes. En otras palabras, y aunque sin alcanzar la significación de la leyenda troyana, aquí se encuentran en parte las credenciales que alejan a los romanos del concepto de pueblo bárbaro y que le otorgan carta de nobleza. En su consecuencia última, la presencia de Roma en Grecia y la incorporación de ésta a su dominio directo no puede entenderse como la destrucción de la civilización helénica a manos de un pueblo bárbaro, sino al contrario, como un regreso de los romanos a su país de origen. Pero también desde la perspectiva opuesta, la etnogénesis es invocada por los enemigos de Roma como prueba de su barbarie y motivo de rechazo, y por tanto como justificación ideológica de una política de enfrentamiento⁸. En definitiva, es en este lejano período donde descansa la estirpe del fundador y por tanto del pueblo al que representa. La imagen de Roma de cara al exterior no es sino el reflejo de su origen.

⁸ La bibliografía sobre la cuestión es inmensa. A título de ejemplo, pueden consultarse H. FUCHS, *Der geistige Widerstand gegen Rom in der antiken Welt*, Berlin, 1938; E. WEBER, «Die trojanische Abstammung der Römer als politisches Argument», *WSt*, 6, 1972, 213-225; F. P. RIZZO, «Riflessi «troiani» nella storia dei rapporti fra Roma ed il mondo ellenistico», en *Studi ellenistico-romani*, Palermo, 1974, 7-92; E. GABBA, «Storiografia greca e imperialismo romano (III-I sec. a.C.)», *RSI*, 86, 1974, 625-642; IDEM, «Sulla valorizzazione politica della leggenda delle origini troiane di Roma fra III e II secolo a.C.», en *I canali della propaganda nel mondo antico* (CISA 4), Milano, 1976, 84-101; A. MOMIGLIANO, «How to reconcile Greeks and Trojans», en *MKNAW*, 45, 1982, 231-254 (= *Settimo contributo*, Roma, 1984, 437-462; *Roma arcaica*, Firenze, 1989, 325-345 [trad. ital.]; *De paganos, judíos y cristianos*, México, 1992, 426-465 [trad. esp.]); J.-L. FERRARY, *Philhellénisme et impérialisme*, Paris, 1988; M. SORDI, *Il mito troiano e l'eredità etrusca di Roma*, Milano, 1989.

El presente libro toma entonces como objeto de estudio este período más lejano, cuyo principio se pierde en el tiempo mitístico y que toca a su fin con la presencia de Eneas en el Lacio. En otras palabras. Se centra en los cuatro pueblos (aborígenes, sículos, pelasgos y arcadios) que habitaron en el Lacio antes de la llegada de Eneas. Los objetivos son por tanto más bien modestos, pretendiendo tan sólo una aproximación a estas cuestiones y en momento alguno una solución definitiva. Algunos problemas aparecen únicamente planteados y muchos de ellos, aun tratados de manera más amplia, exigen sin duda un mayor desarrollo. Conscientemente han sido marginados de su contenido las tradiciones relativas a personajes concretos, con excepción de Evandro, quien por su propia definición, al asumir sobre su persona todo el significado que supone la presencia de los arcadios, representa en sí mismo esta componente en la formación del pueblo latino. Ciertamente no se debe ignorar a determinadas figuras que, procedentes del fondo mitográfico latino, se mueven en este universo primitivo. Tal es el caso de Caco en relación a Roma, sobre el cual solamente se incluyen unos breves apuntes a propósito de Evandro, o el de aquellos otros que en su conjunto definen la dinastía de los reyes aborígenes, que encabezada por Jano y Saturno, culmina, a través de Pico y Fauno, con Latino, figura que actúa de tránsito entre la «prehistoria mítica» y la «prehistoria histórica». En gran medida, estos personajes asisten como espectadores al proceso de la etnogénesis latina, sin ocupar en momento alguno un protagonismo activo. Unicamente Latino, en su condición de rey indígena que recibe a Eneas, interpreta un papel de cierta importancia, pero ya en una situación, dentro de la cronología mítica en la que nos movemos, que excede los límites impuestos a este libro. Confío que el lector sepa disculpar estas ausencias, sobre las cuales no renuncio a ocuparme en futuros trabajos.

Mi agradecimiento ante todo al Departamento de Historia Antigua de la Universidad Complutense de Madrid, que ha tenido a bien aceptar esta pequeña contribución en su serie de los anejos de la revista *Gerión*, y especialmente al director y al secretario de la misma, los profs. José M.^a Blázquez y Santiago Montero. Asimismo, su realización se ha visto beneficiada gracias a la financiación obtenida a través del proyecto de investigación BHA2000-1243, del Ministerio de Ciencia y Tecnología, y del grupo de investigación HUM-696 de la Junta de Andalucía.

Málaga, junio de 2002.